

La Península Ibérica en la era de los descubrimientos (1391-1492). "Actas de las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval, Sevilla, 25-30 de noviembre de 1991", Sevilla, Junta de Andalucía-Universidad de Sevilla, 1997. 2 vols. 1778 pp. en total.

Con cierto retraso respecto de lo previsto aparecieron en 1997 las actas de este congreso dedicado a la historia de la Península Ibérica durante los cien años que median entre la revuelta antijudía de 1391 y la conquista de Granada de 1492, celebrado en Sevilla en 1991, en el marco de los actos preparatorios del V centenario, efemérides de la que este congreso constituyó, en palabras del profesor Manuel González, que prologa la edición, "la aportación más notable de cuantas protagonizaron los medios universitarios." Y a juzgar por la cantidad y la calidad de las aportaciones, por la amplitud y el calibre de los temas tratados, este fue, sin duda alguna, uno de los congresos del medievalismo hispánico más importantes celebrados en el último decenio.

Las actas, editadas en dos volúmenes, reproducen el texto de la mayoría de las intervenciones, 95 en total, entre ponencias y comunicaciones, más la conferencia de clausura, distribuidas en las seis sesiones en que se estructuró el congreso: I. "El final de la convivencia: judíos y conversos en la Península Ibérica al final de la Edad Media." (11 ponencias y comunicaciones); II. "La navegación oceánica: comercio y exploraciones." (7 ponencias y comunicaciones); III. "La dinámica política de los reinos hispánicos: los orígenes del estado moderno." (23 ponencias y comunicaciones); IV. "Las sociedades urbanas: jerarquías y estructuras sociales." (28 ponencias y comunicaciones); V. "El final de la reconquista. La Guerra de Granada." (20 ponencias y comunicaciones); VI. "Portugal y Castilla en el marco de la expansión: el Tratado de Tordesillas." (6 ponencias y comunicaciones).

Como puede apreciarse, las sesiones I, II, VI y VI con un total de 44 intervenciones, corresponden a los temas estrella del congreso, el problema judeo-converso, la navegación y el comercio atlánticos, las relaciones entre Portugal y Castilla y la conquista del reino de Granada, mientras que las sesiones III y IV reúnen un total de 51 ponencias y comunicaciones del congreso paralelo sobre los orígenes del Estado Moderno y las sociedades urbanas.

La sesión I dedicada al estudio de la situación de los judíos en España durante el siglo que va de los alborotos de 1391 a la expulsión en 1492, fechas claves en la historia de esta minoría en la España medieval, fue una de las más completas y equilibradas geográficamente hablando puesto que, además de la ponencia-marco de David Romano, contó con las intervenciones de M^a José Ferro sobre el antijudaísmo en Portugal; José Hinojosa sobre los conversos valencianos del siglo XV; Miguel Ángel Motis sobre la legislación sobre judíos y conversos en Aragón en la segunda mitad del siglo XV; Isabel Montes sobre los judíos sevillanos en el siglo XV; Asunción Blasco sobre el impacto de los ataques de 1391 y del adoctrinamiento de Tortosa en los judíos aragoneses; M^a Luisa Ledesma sobre la incidencia del problema judío en las comunidades mudéjares de Aragón; Nicolás López Martínez sobre el factor religioso en las relaciones entre judíos, judeoconversos y cristianos viejos a finales del s. XV; Antonio Claret García Martínez sobre el factor antijudío en los milagros de San Vicente Ferrer; María del Pilar Rábade sobre la Inquisición durante el reinado de los Reyes Católicos; y Margarita Cabrera sobre el incidente de la Cruz de Rastro entre cristianos viejos y judeoconversos ocurrido en Córdoba en 1473.

"Anuario de Estudios Medievales", 31/2 (2001).- ISSN 0066-5061.

La sesión II, dedicada a la navegación y el comercio atlánticos, señala un ámbito temático de desarrollo historiográfico reciente y desigual en términos geográficos, como nos muestra la síntesis bibliográfica de Betsabé Caunedo del Potro sobre el comercio exterior castellano en los últimos años de la Edad Media. Así, mientras E. Aznar Vallejo, en su ponencia, nos recuerda la importancia del comercio castellano en el Atlántico Sur (Andalucía Bética, Berbería occidental, Guinea y los archipiélagos atlánticos) en las postrimerías de la Edad Media, desde las expediciones vasco-andaluzas del último cuarto del siglo XIV hasta la creación en 1503 de la Casa de Contratación, Juan Ignacio Ruiz de la Peña reivindica el estudio de la proyección comercial de los puertos de la fachada marítima cántabro-atlántica en el Atlántico nordoccidental, a partir del estudio de caso de las relaciones entre los puertos asturianos y el de La Rochelle. Por su parte, Margarita Sánchez Martín estudia la actividad económica y la vida privada de los mercaderes burgaleses en Flandes a partir del cartulario del antiguo consulado de España en Brujas (de 1280 a 1550). Pero el comercio atlántico en el siglo XV no fue un monopolio castellano; María Teresa Ferrer nos muestra como a finales del siglo XV, superada la crisis de la guerra civil (1462-1472), los catalanes también estaban presentes, con fuerza, en los puertos andaluces, Felipe Themudo ilustra con el caso del valenciano Bernat Font el papel de Ceuta en la definición de las relaciones políticas en el Mediterráneo occidental, y Antonio Ortega documenta la presencia comercial mallorquina en Flandes durante el siglo XV.

La sesión tercera del congreso dedicada al estudio de la génesis del estado moderno en los reinos hispánicos de la Baja Edad Media, auténtica *vedette* de la historiografía europea de los últimos decenios, ocupa un lugar destacado, no únicamente por el número de ponencias y comunicaciones presentadas, en correlación con la amplitud y complejidad del sujeto histórico (véase la propuesta cuestionario-guion de M.A. Ladero), sino también por la profundidad de las reflexiones y conclusiones que en ellas se contienen.

Miguel Ángel Ladero introduce la sesión con una crítica al uso científico, historiográfico y parahistoriográfico, del concepto de Estado moderno, desde su nacimiento en el marco del evolucionismo científico (la "teoría de las etapas") hasta su uso actual, y se plantea hasta qué punto continua siendo útil en los trabajos de investigación histórica sobre la evolución y definición de las estructuras políticas europeas tardomedievales, los cuales deben realizarse al margen (pero no a pesar) de la conceptualización. Así, considera que el término puede continuar utilizándose en un sentido amplio y poco preciso, como una realidad política en proceso de elaboración y cambio a lo largo de un tiempo histórico comprendido entre fines del siglo XIII y fines del XVIII, entre lo que podríamos denominar el estado feudal y el estado constitucional y burocrático contemporáneo.

Hablar de los orígenes del estado moderno en la Baja Edad Media significa tratar, en primer lugar y de manera ineludible, de las cortes, las denominadas "asambleas representativas" del reino, aunque de representativas tuvieran poco, cuyo cristalización y desarrollo, como es de sobras conocido, se produjo tanto en Castilla como en Aragón a partir de mediados/finales siglo XIV, y de la dialéctica política entre la monarquía y los estamentos que se estableció entorno a ellas. Dos de las aportaciones del congreso se encargan de trazar, desde perspectivas diferentes, la historia de esta institución para el Aragón y la Castilla trastámaras.

César Olivera nos presenta un completo resumen y estado de la cuestión sobre la historiografía de las Cortes en Castilla y León durante la época Trastámara. Señala como decisiva la etapa que transcurre de 1385 a 1419, tradicionalmente considerada de decadencia de la institución, cuando las Cortes castellanas pasaron a ser un contrapeso eficaz para el desenvolvimiento del difícil equilibrio de fuerzas entre nobleza y monarquía. Destaca el otorgamiento de servicios como el aspecto de las competencias y funciones de las Cortes más estudiado así como la importancia que tuvieron en el conjunto de ingresos fiscales de la Corona, y subraya la carencia de un estudio sistemático de la representación territorial de las Cortes.

Esteban Sarasa, por su parte, hace un balance de la actuación de las Cortes en la Corona de Aragón durante el siglo XV centrándose en el juego político de las relaciones de la monarquía con las ciudades a partir del estudio de los procedimientos de elección o designación de síndicos urbanos, la jerarquía de la representación ciudadana y la intervención regia y del "brazo" o estamento real en las asambleas tardomedievales. Subraya que las reuniones de Cortes en la época Trastámara perdieron el carácter representativo del reino en la misma medida que aumentó el carácter representativo de cada uno de los "brazos" o estamentos. Los municipios condicionaron en buena medida la evolución del proceso parlamentario y configuraron, en el caso valenciano y catalán, representaciones sectoriales de los brazos que negociaron por separado cuestiones de interés mutuo para la monarquía. Concluye que las Cortes en el siglo XV fueron el instrumento utilizado por las oligarquías urbanas para defender sus intereses y sacar adelante sus proyectos; contando, para ello, con la anuencia y consentimiento de la monarquía, que aprovechó el apoyo municipal para desfavorecer la nobleza y frenar sus apetencias.

Pero curiosamente, este proceso no se dio en Castilla, donde las ciudades se vieron imposibilitadas de mantener cualquier reivindicación contraria a los intereses de la nobleza, que controlaba los concejos, y donde tanto las Cortes como las Hermandades perdieron, en el siglo XV, toda posibilidad de ejercer cualquier tipo de control sobre la acción de la monarquía. La marginación del mundo urbano de la estructura de poder consolidó la dialéctica sobre la misma en dos soportes exclusivos, nobleza y monarquía, y la toma de conciencia de esta marginación estuvo en la base del estallido revolucionario de las Comunidades castellanas de 1521, cuyo fracaso permitió la consolidación en Castilla del Estado absoluto. César González Mínguez sitúa en este contexto su estudio sobre la integración institucional del concejo y la hermandad de Álava en la Corona de Castilla.

J. Ángel Sesma reivindica el protagonismo de la fiscalidad en la génesis del estado moderno. Las transformaciones impulsadas por el establecimiento de un nuevo régimen fiscal sirvieron para definir las nuevas formas de relación entre los distintos grupos sociales y el poder monárquico. Pero en la Corona de Aragón, a diferencia de Castilla, la nueva organización impositiva no se integró en la hacienda real, sino que los grupos estamentales impusieron una hacienda propia en cada reino, desvinculada de la del rey, con fuerza suficiente para controlar los ingresos de la monarquía y su poder en el interior del aparato político del territorio. Mientras la hacienda del rey se nutrió básicamente de los impuestos directos que le pertenecían o de los percibidos de manera extraordinaria mediando concesión de las Cortes, fundamentalmente por medio de fogajes, los brazos se reservaron para la recaudación de las haciendas propias de los reinos los impuestos indirectos, exigidos a través de actividades que generaban

riqueza. Pero la dinámica de endeudamiento en la que se vieron envueltas tanto las haciendas municipales como las de los reinos a lo largo del siglo XV llevó a la quiebra del sistema y a la crisis política de las instituciones. Así, un siglo después de haberse iniciado el proceso, Fernando II pudo imponerse sobre los gobiernos municipales y las diputaciones simplemente esperando que llegaran a la bancarrota total y ofrecieran, a cambio de su ayuda para el reparo de las arruinadas finanzas, poner en manos de la monarquía el control político.

En su estudio la imbricación entre la política exterior castellana y la reestructuración nobiliaria bajo los primeros trastámaras entre 1369 y 1406, Emilio Mitre subraya la comunidad de intereses y relaciones familiares, la solidaridad de clase en definitiva, entre la nobleza portuguesa y castellana como factor que impidió la formación de una conciencia nacionalista entre este grupo social: la nobleza portuguesa antes de fines del siglo XIV era más peninsular que nacional. Si, a diferencia de Aragón, en Castilla y Portugal la nobleza se enfrentó a menudo a las respectivas monarquías, los movimientos de resistencia antiseñorial, las revueltas campesinas o urbanas, en Castilla entre 1350 y 1521 contribuyeron de manera decisiva, según Julio Valdeón, al avance del estado moderno, de la monarquía centralizada, en tres sentidos: debilitaron la autoridad de los señores territoriales; reforzaron el papel del monarca como árbitro indiscutible de los desajustes que se producían en la sociedad, y alimentaron valores normativos.

Pero, sobretudo, la evolución de la monarquía castellana hacia una solución autoritaria al término de la época medieval no puede entenderse sin el papel jugado por la Iglesia-institución y por los eclesiásticos a título personal. José Manuel Nieto destaca tres aspectos de la contribución de la Iglesia a la consolidación de la monarquía castellana desde finales del siglo XIV: la configuración de una Iglesia de Estado, el papel desempeñado por los eclesiásticos en la administración regia, y la disponibilidad de unos recursos de propaganda y legitimación de la realeza.

Con el reinado de los Reyes Católicos Castilla llega a la etapa culminante del autoritarismo monárquico. M^a Isabel del Val Valdivieso se propone reconstruir la imagen del príncipe ideal que tenían los castellanos de finales del siglo XV a partir del estudio de la crónica de Alonso Fernández de Palencia, un canto al nuevo "príncipe" y al triunfo de éste sobre el "soberano" del pasado y los valores por el mismo representados.

Durante el reinado de los Reyes Católicos se asiste a un notable aumento de la actividad administrativa, como consecuencia de la política centralizadora y la extensión de las atribuciones regias. Para la fundamentación del Estado los monarcas se sirven de hombres de probada fidelidad y competencia reconocida, buenos administradores y experimentados en el arte de la guerra, como Francisco Ramírez de Madrid, cuya biografía nos presenta Pedro A. Porras. Por su parte, Rosa M^a Montero estudia la participación de los Manrique, linaje de la vieja nobleza castellana encumbrado con el advenimiento de la dinastía Trastámara, en el desempeño de cargos en los diferentes órganos de gobierno y administración de la monarquía.

Tres comunicaciones se centran las relaciones entre poder real, nobiliario y municipal a nivel urbano o regional durante esta época: Francisco García Fitz y Manuel Rojas estudian el intervencionismo regio en las tenencias de las fortalezas del concejo de Sevilla; Deborah Krishberg la visión monárquica de la jerarquía y funciones de los oficiales del mismo concejo;

y M^a Concepción Quintanilla las relaciones entre poderes en la tierra de Cuenca en el último tercio del siglo XV.

Las relaciones entre las órdenes militares y el poder real son el objeto de las comunicaciones de Alfonso Franco sobre las cartas relativas a la provisión del maestrazgo de Santiago tras la muerte en 1474 del maestro Juan Pachecho, privado de Enrique IV, de Luis Rafael Villegas sobre las transformaciones institucionales y administrativas de la orden de Calatrava a fines del siglo XIV y de Isabel María Lago sobre la administración de la orden de Santiago bajo en reinado de Juan II de Portugal, con el que se consumó la anexión definitiva del maestrazgo a la corona.

Por lo que respecta al reino de Portugal, es de notar la ausencia de una ponencia marco sobre la evolución política de la monarquía y de las cortes, que hubiese permitido establecer comparaciones con Castilla y Aragón, y, en general, el escaso número de aportaciones, entre las que destaca la de Armando Luís de Carvalho Homen sobre las posibilidades y limitaciones del método prosopográfico para el estudio de la burocracia real en Portugal durante los siglos XIII-XV a partir de los registros de Cancillería. Carlos Guilherme estudia el contenido político de una carta enviada hacia 1441 el infante don Pedro de Portugal por el conde de Abranches, cuando se encontraba en Castilla, y Margarida Garcez la intervención del gobernador Duarte, asesor del consejo, justicia y hacienda del reino de Portugal desde 1411, en la limitación del derecho de asilo eclesiástico para impedir la proliferación de homicidios.

Finalmente, en la comunicación titulada "Estructuras de dominación de la España de la conquista", fuera del marco estricto del tema de esta sesión, la profesora brasileña M^a Teresa Toribio subraya la participación de aragoneses y catalanes en la empresa de Colón, que puede atestigüarse a través de las gestiones, los preparativos y el financiamiento de las expediciones, en la presión de los grandes mercaderes catalanes y valencianos sobre los Reyes Católicos, etc.

La Sesión IV dedicada a las estructuras sociales de la ciudad hispánica bajomedieval contó con las ponencias de algunos de los más destacados especialistas sobre historia urbana medieval hispánica, como Denis Menjot y Carme Batlle, aunque desde de las perspectivas e intereses propios de sus respectivos campos de especialización. Así, mientras Denis Menjot presentó una primera síntesis sobre un tema aún mal conocido como el de la acción de las élites dirigentes urbanas sobre los servicios colectivos (abastecimiento de productos de primera necesidad, higiene pública y seguridad, estado de los edificios y murallas, urbanismo, enseñanza, asistencia, etc.) en la Castilla de los Trastámaras, Carme Batlle vuelve al viejo tema de su tesis sobre la oligarquía urbana y el poder municipal en Cataluña durante la etapa que va de finales del siglo XIV a finales del siglo XV definida, de la misma manera que lo hiciera Claude Carrère, en términos de crisis, centrándose en el caso de Barcelona, bien conocido por la autora, sin olvidar las ciudades que le siguieron en importancia (Perpiñán, Gerona, Tarragona Tortosa y Lleida...). Para el caso de Aragón, María Isabel Falcón nos presenta un estado de la cuestión sobre la sociedad cristiana urbana bajomedieval en el que recogen por temas (demografía, encuadramientos, grupos privilegiados, mujeres, niños, grupos marginales) las principales aportaciones de los últimos años. Y Juan Torres Fontes estudia las bases del poder de los principales linajes castellanos (Manuel, Ayala, Calvillo, Dávalos, Fajardo) en un

reino, Murcia, que concentraba tres cuartas partes de su población en la capital, destacando la pugna por el desempeño del adelantamiento, principal fuente de riqueza y poder de la nobleza.

Un grupo numeroso de intervenciones tienen por objeto las relaciones entre sociedad urbana y poder municipal de las ciudades del reino de Castilla en la Baja Edad Media, reflejando el auge que han tenido en las universidades españolas los estudios de caso sobre historia social urbana, y poniendo al descubierto, una vez más, en lo relativo a las comunicaciones del congreso, un fuerte desequilibrio entre reinos.

De manera genérica, el estudio de las oligarquías, de las relaciones entre la monarquía, los grupos privilegiados y el poder municipal, centra las intervenciones de Juan A. Bonachía sobre el concejo de Burgos durante la etapa conflictiva de principios del siglo XV; de Yolanda Guerrero y José M^a Sánchez Benito sobre el papel de las cartas expectativas de oficios ciudadanos en la transformación de los municipios de Burgos y Cuenca; de Asunción Esteban sobre las raíces del movimiento comunero en Palencia; de Juan Carlos Martín Cea sobre el comportamiento de la oligarquía municipal de Paredes de Nava ante las fiestas y celebraciones sociales; de Francisco Javier Rojo sobre el proceso de integración del territorio de Zamora bajo el dominio del concejo urbano; de M^a Luisa Bueno sobre la concurrencia entre la iglesia zamorana y el concejo por el ejercicio de la jurisdicción sobre el territorio; de María Asenjo González sobre la oligarquía y las relaciones de poder en Soria; de Tomás Puñal sobre la representación de la población pechera en el concejo de Madrid; de José Antonio Jara sobre el proceso de "nobilización" del concejo de Cuenca, de José Luís del Pino sobre los *diputados del mes* del concejo de Córdoba; y de M^a Antonia Carmona sobre las luchas de bandos en Baeza. Mientras Carlos J. Flores, a partir de lista nominativa, intenta una aproximación a la estructura socio-profesional de Sevilla a principios del siglo XV y María Josefa Parejo lo hace para el caso de Úbeda a partir de documentación notarial, otras comunicaciones se centran en determinados grupos o sectores de la sociedad urbana, como el estudio de Ricardo Córdoba sobre el artesanado de Córdoba en el siglo XV o el de Mateo Antonio Páez sobre los prohijados y "criados" de la misma ciudad. M^a Jesús Izquierdo, por su parte, estudia las manifestaciones socioculturales en Valladolid y Palencia durante la Baja Edad Media como reflejo del poder, de las jerarquías y estructuras sociales urbanas.

La violencia y la conflictividad social es el tema de la comunicación de Emilio Cabrera sobre la Andalucía del siglo XV, quien parte de la premisa que esta región de reciente colonización, después del fracaso de la repoblación del siglo XIII, fue especialmente problemática. Cabrera nos presenta una tipología de los delitos de sangre, estudia su frecuencia y examina el papel de la justicia real y municipal en relación con los mismos. Paulo Drumond, centrándose en el caso de la villa portuguesa de Setúbal, aborda uno de los aspectos de la historia de las sociedades urbanas peor conocidos, a pesar de su importancia: el de las migraciones del campo a la ciudad y viceversa.

Por lo que respecta a las relaciones entre Iglesia en su sentido más amplio y sociedad urbana, se abordan aspectos diversos como el papel del franciscanismo reformista en el medio urbano gallego bajomedieval (María del Mar Graña), el convento de clausura como marco de relación de las mujeres en la Sevilla de los siglos XIV y XV (Mercedes Borrero), las visitas pastorales en el marco de la sociedad madrileña bajomedieval (Leonor Gómez) y el papel de

la sede catedralicia de Córdoba en el desarrollo y la transmisión de la cultura a nivel local (Iluminado Sanz).

Finalmente, y aunque se escape del tema de esta sesión, cabe destacar el extenso estudio de Gloria Lora sobre la casa de Estúñiga durante el reinado de Enrique IV, centrado en el papel que este clan nobiliario jugó en los conflictos bélicos y las luchas de este reinado.

Las aportaciones que se reúnen en la V sesión, a pesar de su título, van mucho más allá del estudio de los episodios bélicos de la Guerra de Granada que marcaron el final de la Reconquista. Por un lado, Rafael Sánchez Saus plantea el significado que tuvo la frontera para la aristocracia andaluza de los siglos XIII-XV en los planos económico, militar, político e ideológico, mientras Manuel García Fernández estudia la organización de la defensa y repoblación de la ciudad fronteriza de Gibraltar a fines de la Edad Media, para las que la Corona recurrió a la vieja institución de la "tenencia de fortalezas" que regulaba la guarda, defensa y repoblación de castillos y fortalezas mediante su entrega a particulares. Y Juan Francisco Jiménez estudia el papel de las cartas de perdón y el privilegio de asilo no eclesiástico otorgados a los homicidas en el mantenimiento de Xiquena como enclave estratégico del reino de Murcia durante la última etapa de la Granada nazarí.

Por otro lado, José Rodríguez Molina nos presenta la cara oculta de la frontera de Granada durante los siglos XIII-XIV: la de la paz que, con etapas de mayor duración que las ocupadas por la guerra, permitió, entre otras cosas, un extraordinario desarrollo de los intercambios comerciales entre moros y cristianos de un y otro lado, así como del contrabando, el aprovechamiento mutuo de los pastos, la convivencia pacífica y la tolerancia religiosa del pueblo llano por encima de las ambiciones de ciertos grupos de la oligarquía, de los almogávares y de los malhechores.

Por lo que respecta a la guerra de Granada en toda su amplitud cronológica, Fernando Suárez estudia la reanudación de la misma en tiempos de Enrique III de Castilla y Roser Salicrú las posibilidades de reanudación de la guerra durante el reinado de Fernando I de Aragón (1415-1416).

Paula Rufo Ysern estudia como se organizó la aportación en hombres, es decir, la milicia concejil, y el abastecimiento en alimentos, animales de transporte y carretas en Éjica, una de las ciudades que participó de una manera más directa, constante y copiosa en las campañas y acciones de guerra que tuvieron lugar entre 1482 y 1492. La relación de causa-efecto entre las dificultades financieras de la monarquía y la convocatoria de Cortes lleva a M^a Rosa Muñoz a plantearse la participación del reino de Valencia en la guerra de Granada a través de la oferta de las cortes de Tarazona-Valencia-Orihuela (1484-1488), mientras Josep-David Garrido explica el otorgamiento del título de ciudad a la villa de Alicante como recompensa real por los servicios prestados por esta población a la monarquía y en especial por su participación en la guerra de Granada.

José Manuel Calderón centra su aportación en la actuación de la nobleza en las campañas de la Guerra y, en particular, en la intervención de don Fadrique de Toledo entre 1486 y 1488, siendo Capitán General de la Frontera, en los cercos de Vélez Málaga y Málaga y más tarde, ya duque de Alba, en 1489, en la conquista de Baza.

Maria Barceló destaca el eco y la repercusión sin precedentes que tuvieron en Mallorca las últimas conquistas de ciudades y tierras del reino nazarí de Granada (1483-1492).

a partir de las noticias registradas en la documentación coetánea, mientras José Enrique López de Coca analiza las reacciones del Islam, desde Berbería hasta Turquía, ante la caída de Granada y la posterior conversión al cristianismo de sus habitantes.

La conquista del reino nazarí, tuvo dos grandes consecuencias sociales: la repoblación y el reparto de la tierra entre la minoría cristiana repobladora y la conversión de los mudéjares granadinos. Rafael G. Peinado estudia el primer aspecto a partir de la información contenida en los *libros de repartimiento*, mientras María del Carmen Calero lo hace centrándose en el caso de Almuñécar, y Esther Cruces se centra en el ascenso social de los Ramírez de Madrid en la ciudad de Málaga tras la conquista. Cristina Segura aborda las transformaciones agrarias en el reino de Granada tras la conquista, en especial la pervivencia o desaparición de los sistemas de riego islámicos. Por lo que respecta al segundo aspecto, el de las consecuencias socio-religiosas de la conquista, Enrique Pérez Boyero, en la línea de sus trabajos anteriores, estudia las conversiones voluntarias de mudéjares granadinos al cristianismo entre 1482 y 1499. María del Carmen Veas, por su parte, estudia la situación de la población mudéjar en el reino de Murcia a finales del siglo XV, y Isabel M. R. Mendes la movilidad de los moros libertos en Portugal durante los siglos XIV y XV.

La frontera en su sentido más amplio, como sujeto histórico, fue también el objeto privilegiado en las ponencias y comunicaciones que se reúnen en la sesión VI, en particular de la ponencia de José Marqués sobre las relaciones político-militares y diplomáticas entre España y Portugal en el siglo XV, la administración militar de la frontera portuguesa, y las relaciones cotidianas de las poblaciones fronterizas, de la comunicación de Isabel Beceiro sobre la consolidación del personal diplomático entre Castilla y Portugal después de la guerra de 1384-1385, y del balance de Humberto Baquero sobre los conflictos fronterizos entre Alfonso V de Portugal y los Reyes Católicos, entre la muerte de Enrique IV en 1474 y la paz de 1479. Pero políticamente hablando, el conflicto entre los dos reinos fue mayor en el terreno de la frontera marítima, a raíz de las exploraciones y conquistas portuguesas del Atlántico, en particular, de la conquista por el reino lusitano de Ceuta en 1415, de Guinea a partir de 1441 y, sobretudo, de los intentos portugueses de ocupar Canarias desde mediados del siglo XIV. Paz Romero aborda un aspecto inédito de la disputa entre ambos reinos por la soberanía de los territorios conquistados, el de la legitimidad de la conquista y ocupación de estos territorios y el papel creciente que a lo largo del siglo XV jugó en este terreno el papado, que acabó sellando en 1479 el tratado de Alcaçovas entre ambas potencias.

PERE BENITO I MONCLÚS

Institución Milá y Fontanals, CSIC. Barcelona

Poderes Públicos en la Europa Medieval: Principados, Reinos y Coronas. XXIII Semana de Estudios Medievales. Estella, 22 a 26 de julio de 1996, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997. 544 pp.

Después de haber estado durante un tiempo muy desacreditados los estudios de historia política entre las corrientes historiográficas dominantes en los países europeos, en

"Anuario de Estudios Medievales", 31/2 (2001).- ISSN 0066-5061.